

MÉXICO: CONTEXTO POLÍTICO Y ECONÓMICO, TRANSICIÓN, ALTERNANCIA Y BASES PARA EL DESARROLLO ECONÓMICO NACIONAL.

Juan Eduardo Bendeck Cordero

Se trató de un anhelo, o al menos de un acontecimiento largamente esperado. Para algunos, fin de los excesos y los agravios de un poder ilimitado, excluyente; para otros, la consolidación de nuestras instituciones democráticas; simple mudanza de siglas de partidos y llegada de otras nuevas; arribo al buen puesto de la democracia. Menos dudas o incluso temores, que confluencia de esperanzas y sueños logrados. La llegada a una forma democrática de gobierno en su expresión más patente. La alternancia. Relevo de un régimen de setenta y un años. Competencia política plena entre partidos, instituciones creíbles y autónomas, una sociedad participativa, también ávida de información y propuestas; apertura paulatina, constante, de los medios de comunicación. Evolución del sistema político mexicano en alternancia, producto ¿en parte? de necesidades incumplidas, de las crisis económicas, del deterioro de la calidad de vida de las mayorías, de la acentuación de la desigualdad. Circunstancias dolorosas, irritantes, que resultaron ser variables, no únicas pero sí esenciales, en la ecuación democrática.

Ha llegado el relevo pero los grandes pendientes siguen allí. Los dichos obligados en la realidad nacional: aprovechar la coyuntura democrática para un cambio estructural en la economía, que el cambio político no resolvió por sí mismo la cuestión económica, que la nueva democracia se ve algo empañada por esta realidad. Muchos expresan su desencanto o decepción según sus análisis y hasta sus gustos. El gran reto se ha vuelto, como escribiera recientemente Lorenzo Meyer en una de sus editoriales, la base material. Tenemos pues que discutir qué correcciones, qué bases deben pensarse, plantearse, a raíz de la oportunidad que representa la tan anhelada consolidación democrática del país, en su desarrollo social y económico, como uno de los apremios más importantes en la realidad presente. Discutir qué medidas de política económica, qué tareas para generar condiciones que sean los apoyos de un porvenir más optimista, con más oportunidades. Sobre todo más justo. Razón para gobernar, la materialización de la justicia y un futuro mejor en hechos de gobierno. Fundamentos para un país viable no sólo en lo económico, sino en lo político también. Las palabras de Luis Rubio, en su ensayo “La economía vulnerable y sus opciones” son determinantes: “Es bueno ver con esperanza el futuro, pero no pensemos que en forma automática nos dé para una vida y sociedad mejores. Las personas, las empresas y los países pueden progresar, estancarse o retroceder según nuestras actuaciones y de quienes determinen su dirección”.

Que el rumbo que tome el país no sea únicamente tarea de unos pocos, tampoco un ejercicio de “yo propongo y tú dispones”, sino un manejo de discusiones, análisis y

acuerdos compartidos, conciencia también de lo que apremia y ya no se puede postergar. Acuerdos nacionales políticos, estrategias que se conviertan en certidumbre, en oportunidades reales de progreso.

Trabajos necesarios para que la democracia no sea vista como un canto de sirenas que nos hace topar con pared.

Conviene primero preguntar ¿cómo llegamos, en lo económico y lo político, a nuestro estado actual? ¿Qué lecciones, alentadoras o dolorosas, nos da el pasado, para pensar nuestro porvenir? Tomemos nota de nuestros tiempos para entendernos mejor y hacer el futuro.

ANTIGUO RÉGIMEN. EL OPTIMISMO.

Nace en 1929. Punto de partida, origen de un sistema político. Los jefes de la Revolución pactan el manejo del poder político del país a través del PNR, más tarde PRM, más tarde PRI, espacio para resolver conflictos, acomodo de posiciones, herramienta de estabilidades. Consecuencia de las aspiraciones de la lucha armada que cobra un millón de vidas, el Estado se convierte en promotor del desarrollo nacional. Reparto agrario, instituciones que generan un sistema nacional de salud y educación pública. Financiamiento de la industrialización dirigida en su mayor parte por el gobierno, en menor medida por particulares extranjeros o nacionales. Expropiación petrolera (en perjuicio de los primeros), fundación de un sistema de seguridad social, transformación pacífica del poder militar en poder civil; pasando por el sueño alemanista de prosperidad convertida en cadillacs, puros y boletos para los toros; la multiplicación de presas y caminos carreteros en medio de la política de honestidad ruizcortinista, la nacionalización de la industria eléctrica con López Mateos, altísimos crecimientos económicos con poca inflación, consolidación de los principios del “desarrollo estabilizador” en el régimen de Díaz Ordaz, con todo y (a pesar de) su mano dura. De 1960 a 1970 la tasa media de crecimiento económico fue del 7 %, cifra indispensable en la actualidad para (apenas) la generación mínima de los empleos que demanda la sociedad.

RELEVO Y CRISIS.

¿En qué momento se jodió el Perú?

...y no existen límites para el deterioro.

Mario Vargas Llosa.

Durante el sexenio de Luis Echeverría, que comienza en 1970, coincidente con fenómenos económicos internacionales (de los que da cuenta hasta el cansancio en sus

informes al Congreso de la Unión) producto de medidas internas controvertidas (política de gasto público, emisión monetaria y endeudamiento, creación de empresas estatales comprando empresas particulares quebradas, crecimiento desmedido del aparato burocrático) el país entró en una espiral de devaluaciones, inflación, deterioro de la calidad de vida de la mayoría de la población. Acciones que vulneran la confianza que a la vez vacían las arcas del país. Se inaugura el término “fuga de capitales”. El deterioro económico empieza con el mal tino del gobierno pero a él contribuyen, parafraseando al historiador José Fuentes Mares, todos los sectores sociales.

El año de 1976 marca el fin de rumores y temores, y la llegada y las promesas de estabilización, consolidación y crecimiento de José López Portillo coinciden con la nueva esperanza: el petróleo, oro negro para todos como se anunciaba por televisión. Además una gran oferta: la reforma política de Jesús Reyes Heróles. Apertura política incipiente, prosperidad que llamaba a la euforia. Los errores económicos con consecuencias sociales; de nuevo alta inflación, el gran robo, definida así con razón por el economista Luis Pazos, “administración” de una abundancia que nos duró muy poco. Dependencia de la economía en un solo recurso, mala receta. Fracaso tras fracaso en agricultura, en la planeación, en comunicaciones e infraestructura (veáse el caro disparate del ferrocarril transístmico). Luis Pazos y Zaid son aves de mal agüero que nadie quiere escuchar. La fuga de capitales es reciprocidad ante el desempeño gubernamental. Ni la retórica, elocuente pero obsoleta, ni los cambios de timón en medio de la tormenta, arreglaron al país. Ni las lágrimas presidenciales.

ACELERACIÓN DE LOS DETERIOROS. PRIMEROS SIGNOS DEL CAMBIO POLÍTICO.

Parafraseando quizá las líneas más relevantes del discurso de toma de posesión de Miguel de la Madrid, para que el país no se nos deshiciera entre las manos, en medio de una crisis de liquidez en la balanza de pagos y ante la súbita caída de los precios del petróleo, situación que se repetiría en 1986, tuvimos que obedecer los dictados del FMI. Ortodoxia pura para el desorden económico. Del primero al dos de diciembre de 1982 se duplica el precio de la gasolina, hay despidos al por mayor en el sector privado y público, aumento en el crecimiento inflacionario. Inexistencia de reservas internacionales. Reducción del gasto público en todos sus niveles. Y el aumento irracional, brutal, exponencial, del número de pobres. Subsidios recortados o eliminados. Carta tras carta de intención entre el gobierno y el FMI. Administrarás sus recomendaciones durante los próximos seis años. En el campo político, la “oposición” triunfa en ciudades importantes. El hartazgo ante el desempeño económico, evidente. Elecciones controvertidas, cuestionadas, en Nuevo León, en 1985, en Chihuahua en 1986 (muchos hablan de un “fraude de Estado”, grupos de intelectuales y ciudadanos piden la anulación de los

comicios en esta última entidad). Anticipación de la vorágine que se desataría en el relevo sexenal. ¿La economía? Sigue allí, con un crecimiento de cero en seis años.

EL RESPIRO.

Cuestionado hasta el cansancio el proceso electoral del 6 de julio de 1988, Carlos Salinas de Gortari es electo como nuevo presidente del país. Su objetivo fundamental: salvar al “régimen” a través de la recomposición económica. Renegociación al vapor de la deuda externa celebrada con el Himno Nacional para que dejara de ser una preocupación (como escribiera Gabriel Zaid, las molestias cesaron aunque la enfermedad no se eliminó). Se reformaron las leyes de inversión extranjera para “promover el empleo y la inversión”. Se concesiona la construcción de carreteras para darle a la geografía una probada del “primer mundo” anhelo del segundo informe presidencial. Y de nuevo dólares baratos, como en los buenos tiempos (“mis tiempos”) de López Portillo. En su libro “The Mexican Shock: its Meaning to the United States”, Jorge G. Castañeda da cuenta de la felicidad de las clases medias por los viajes a Orlando o San Antonio, del orgullo de mandar a la hija o al hijo al extranjero a estudiar el inglés... para eso y más alcanzaba.

Los pobres, esos que nadie quiere ver ni oír y que para esos días ya rondaban los cuarenta millones, tienen Solidaridad. Las grandes cifras nacionales pintan bien. Un secretario del Gabinete promete 24 años más de continuidad de las políticas económicas. Promesa de perpetuidad política cuando cada elección en este sexenio trajo consigo un conflicto poselectoral. A pesar de las reformas emprendidas, por el gobierno y su partido y en consenso con otras fuerzas políticas en 1990 y de nuevo en 1993.

La inflación se reduce pero no cede, tampoco el desempleo, y surgen dos nuevas enfermedades económicas: déficit de cuenta corriente y escases de ahorro interno.

En el ínter: el gran legado. El TLC, con advertencia: se trata sólo de una herramienta más en el impulso al desarrollo. Lo cierto es que, sin duda de por medio, la gran mayoría de los empleos creados en los últimos años tienen alguna relación con este tratado comercial.

Los dos últimos, largos años del sexenio salinista son escenario de una crisis política: Si podemos llamar crisis al asesinato de un cardenal de la Iglesia Católica, al del candidato del PRI y el líder de la bancada de su mismo partido, a los secuestros de decenas de empresarios, a un levantamiento armado en el sur del país, en menos de dos años, a los asesinatos de más de cien militantes de un mismo partido, por motivos políticos, en los seis años de su mandato...

1994-2000. CRISIS Y APERTURA. TRANSICIÓN Y ALTERNANCIA.

Del breve sueño despertamos a la realidad la tarde del 20 de diciembre de 1994. “Vivimos en una economía de posguerra” como la calificó el empresario Lorenzo Servitje.

Producto de la decepción y el hartazgo de las “crisis recurrentes”, ahora se busca corregir lo estructural. Y de paso se añade la apertura política más intensa en la historia del país. Las circunstancias no estaban para menos. Se hipotecan los ingresos petroleros para salvar a los ahorradores de la banca y para pagar compromisos vencidos. Cierran cientos de empresas y las tasas de interés se disparan. Las explicaciones de qué pasó, a veces contradictorias, a veces poco claras. Aplicación de la “ortodoxia pura”, confesó el nuevo presidente Zedillo a diputados panistas que le visitaban, que le reclamaban, en Los Pinos. Prometió que esta vez sí funcionaría.

Para financiar el desarrollo e incrementar el ahorro interno se establece un sistema de pensiones. Para diversificar nuestros mercados, un tratado de libre comercio con Europa. Entra en vigor la autonomía del Banco de México (medida del sexenio anterior). Un tipo de cambio flexible para la competitividad de las exportaciones.

En el terreno político, el PRI pierde a manos del PRD y el PAN un número considerable de gubernaturas. Y la noche del segundo seis de julio mexicano, en 1997, es escenario de un primer llamado a la alternancia. A la mañana siguiente los periódicos que narran la jornada electoral en la que el PRI pierde la mayoría en el Congreso se agotan en horas. Libros, revistas, editoriales, foros de intelectuales, analistas, científicos políticos y sociales se encargan de desarrollar la discusión de los momentos terminales del sistema político nacional. “Transitocracia” fue el nombre que dio a esos momentos Jesús Silva Herzog-Márquez.

Poco a poco se logra la recomposición económica en medio del bullicio. Los puntos a favor que anotara el régimen de Zedillo en los años 98, 99 y 2000 por el incremento en la generación de empleos y tasas aceptables de crecimiento económico no detuvieron el proceso de transición y la eventual alternancia. Del 50.7 % de votos para el PRI en las elecciones presidenciales de agosto de 1994, apenas se logra un 36.1 % el dos de julio de 2000, contra el 42.2% de la coalición PAN-PVEM.

LA NOCHE DEL DOS DE JULIO. EL NUEVO COMIENZO. “NO NOS FALLES”.

Los medios dieron cuenta del júbilo de millones de mexicanos en la mayoría de las ciudades del país, por el triunfo de Vicente Fox, de la Alianza por el Cambio, poco después del anuncio del IFE y el aviso adelantado de Ernesto Zedillo.

El triunfador, sobre el templete de espaldas al Ángel de la Independencia, feliz. La multitud, cinco o seis mil personas. Una frase al unísono, después de las vivas y los

aplausos. Celebratoria pero significativa. “No nos falles”. Después de las devaluaciones sin fin, después del empobrecimiento material y anímico. Después de las farsas y los escándalos; pero también, para ser justos, de bases institucionales y económicas empezadas, nunca suficientes. Que no nos falle la democracia, parece ser la consigna, que no está para provocar desencantos.

LAS CONDICIONES. LAS BASES.

En relativamente poco tiempo México se ha convertido en una de las principales economías exportadoras a nivel mundial. Para 1999 el ingreso por exportaciones de la industria maquiladora fue seis veces mayor que el generado por la industria petrolera.

El TLC ha sido una herramienta clave para el desarrollo económico del país y para la creación de empleos.

El Banco de México tiene autonomía del gobierno, lo que impide tentaciones de financiamiento irresponsable. Se ha instrumentado una política cambiaria sujeta a la oferta y la demanda de nuestra moneda. El ahorro interno tiene un nuevo pilar en el sistema de pensiones. Existe una firme convicción, por parte de todos los actores políticos, de no recurrir al déficit como herramienta de presupuesto.

Sin embargo, la cuenta de los retos y las debilidades presentes es larga. Un nivel de inflación del 11 % comparado con el de nuestros dos socios comerciales del TLC que anda en un nivel del 2 %. Ausencia de cadenas productivas, de proveedores nacionales que vendan insumos a la industria que llega como inversión extranjera. Dependencia en un solo mercado por la ausencia de diversificación y de un mercado interno fuerte y sólido y la falta de competitividad para exportar a otras regiones geográficas.

Por lo tanto extensión económica de las dificultades de otros, espejo de lo malo, remedo incompleto de su prosperidad (por los bajos salarios, las condiciones de infraestructura, los rezagos en capacitación y productividad).

Los bajos salarios como única ventaja competitiva, mientras que no existen las condiciones idóneas para la inversión (transportes, carreteras, seguridad en la generación de energía). La prueba de ello es que el país solamente recibe el 20 % del total de las inversiones norteamericanas en el extranjero, a pesar de los acuerdos comerciales y la geografía.

Con todo esto, el gran pendiente es el tema de la desigualdad y la pobreza. Producto lo mismo que de cuestiones históricas que del sistemático deterioro del entorno económico en los últimos veinticinco años, producto de las constantes devaluaciones de la moneda, la espiral inflacionaria, el insuficiente crecimiento económico para la generación de empleos.

También nos enfrentamos a la cuestión del financiamiento estatal. Un Estado que depende enormemente de los recursos petroleros y cuyos niveles de recaudación como porcentaje del PIB son bajos comparados con los de otros países latinoamericanos. Altos impuestos para unos cuantos y leyes fiscales confusas que incitan a la evasión son una muestra de los problemas que enfrenta el sistema tributario en nuestro país. Pero un eventual aumento en los ingresos fiscales del Estado enfrenta riesgos (siempre latentes) de una mayor corrupción, que sólo puede contrarrestarse con contrapesos desde el Congreso y un sistema eficaz, oportuno, confiable de rendición de cuentas. Las ventajas de un mayor impuesto al consumo están en la facilidad de su recaudación y el reflejo inmediato en el crecimiento de los ingresos estatales, pero implica siempre el riesgo de ser una medida regresiva. Debe tomarse en cuenta el gran nivel de evasión fiscal del impuesto sobre la renta y la situación de irregularidad en que se encuentran muchas empresas en nuestro país que prefieren no pagar impuestos por las complicadas leyes fiscales y las trabas burocráticas.

La llamada miscelánea fiscal de 1989 reveló desde entonces un dilema en el Estado Mexicano: buen recaudador, mal administrador. En esa fórmula se encuentra tal vez la principal problemática de la cuestión fiscal. Está claro que el gobierno debe establecer un régimen de financiación que le permita sostener y fortalecer su capital humano (educación, salud, seguridad, capacitación) y su capital físico (infraestructura, generación de energía, servicios públicos), para que pueda ser menos dependiente de los ingresos petroleros y del déficit fiscal. Cómo administrar honesta y eficientemente estos recursos es la otra mitad del problema.

¿Qué condiciones ya están dadas? Un total de reservas internacionales que supera al circulante en pesos. Una inflación, que si bien sigue siendo relativamente alta, está bajo control, y tasas de interés que muestran desde el año 2000 una tendencia a la baja. La pérdida esperada de 400 mil empleos debido a la desaceleración estadounidense es advertencia clara de que algo anda mal en esta liga indisoluble con nuestra economía, y que es una clara primera llamada al fortalecimiento del mercado interno.

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS.

La nueva democracia, se estrena con responsabilidades compartidas. Con el derecho de ser escuchados y con la obligación de escuchar a los otros.

Ni el partido del presidente ni ningún otros grupo político manejan la mayoría parlamentaria. Así lo desearon los ciudadanos. Existe un clima de tolerancia y diálogo y un llamado a un acuerdo político nacional donde se dejen por un momento y a un lado cuestiones partidistas y se discutan los problemas del país y sus soluciones.

El esquema de los pactos entre gobierno, empresarios y sindicatos ha desaparecido. Adiós a las ceremonias, a las formas. Bienvenidas las condiciones, las garantías, las certezas.

En el nuevo clima político y democrático y en el tema de los pendientes nacionales ¿qué agenda mínima puede proponerse?

El campo mexicano enfrenta una crisis derivada de la pobreza de sus habitantes, de la indiscriminada apertura a cultivos con los que no se puede competir debido a los costos y los precios de mercado y subsidios siempre insuficientes. La gran oportunidad está en la inversión privada. Para esto debe legislarse sobre asociaciones que generen certidumbre, impulsadas a la vez por la certidumbre en la propiedad de la tierra y la eliminación de la discrecionalidad política en la entrega de créditos y apoyos.

En el área de la educación deben emprenderse cambios que nos pesarán si no los emprendemos de inmediato. Hacen falta indicadores de los niveles de desempeño en las universidades públicas que no son necesariamente ataques a su autonomía, sino estímulos para mejorar su labor, para garantizar una educación de calidad para los que la quieran tener, sin importar su condición socioeconómica, y que sean ejemplos de innovación tecnológica y científica para el bien del país.

Que se acabe la discrecionalidad en los créditos de fomento comercial e industrial, cuyas consecuencias están a la vista de todo mundo: daños al erario público, quebrantos de empresas e instituciones de financiamiento, corrupción.

En toda esta problemática se atraviesa en el camino un concepto clave, poco comentado en los terrenos de la estrategia del país que queremos: la cuestión de la productividad.

La herramienta más importante que contribuye al mejoramiento económico del país sin lugar a dudas es la de un entorno de productividad: baja inflación, niveles aceptables de ahorro interno, capacitación y educación, y sobre todo un clima de certidumbre y legalidad que permita elevar el nivel de los salarios reales.

El nuevo gobierno y también todos los sectores sociales tienen como deber primario convertir la nueva realidad política en respuestas de fondo a nuestras debilidades y desafíos económicos. Que se genere certidumbre y se respeten las libertades para la estabilidad y el progreso.

Al fin y al cabo, como ha escrito el investigador Luis Rubio en uno de sus ensayos “la capacidad de transformación de la planta productiva es verdaderamente extraordinaria. La parte (de México) que se ha modernizado lo ha hecho porque cuenta con condiciones propicias para hacerlo...”

Nuestra capacidad de crecimiento, como más adelante nos apunta el mismo autor, es infinita literalmente.

Necesario entonces que se reorienten las políticas públicas, no únicamente a la búsqueda del crecimiento económico, que este año será mucho inferior al esperado. Sino también a fomentar la capacitación, el desarrollo y mejoramiento de la infraestructura, la mejora en la calidad de la educación, asuntos que suponen un cambio en la lógica de financiamiento del Estado. Las inflaciones altas para acelerar el crecimiento económico no deben ser ya opción a considerar.

El Presidente de la República declaró recientemente que el movimiento general de la economía, a pesar de la desaceleración, lo impulsaba el consumo interno. Lo cierto es que el comportamiento y la problemática de la economía no son homogéneos en el territorio nacional. Los índices de consumo en ciudades como el Distrito Federal, Monterrey o León, son francamente altos, mientras que en la mayoría de las zonas del país el comercio, el turismo, los servicios y la industria están en medio de una severa recesión económica. Para darse cuenta vale más la experiencia personal que cualquier estadística.

El viejo régimen pecó de discrecional en los métodos de fortalecimiento del mercado interno, en el favoritismo en la asignación de créditos para el fomento industrial, a ingenios azucareros, empresas de alimentos en el sureste, proyectos inmobiliarios y carreteros. Los saldos: quebrantos y pérdida de la inversiones. Las políticas de gasto para el fomento sobra aclarar, deben ejercerse, en un ambiente de honestidad, transparencia, apego a la ley, rendición de cuentas. La nueva realidad democrática representa una oportunidad para tener estas condiciones. Esto es al menos un elemento del círculo virtuoso de baja inflación, recuperación de los salarios reales, reactivación del crédito, estímulos a la productividad por medio de la educación y la capacitación.

Vivimos nuevos tiempos que suponen emprender nuevos esfuerzos. Tal vez el más encarecido reclamo del contundente “no nos falles” de la noche del dos de julio de 2000 es que esta nueva realidad política coadyuve a dar soluciones de fondo a nuestras vulnerabilidades y debilidades económicas.